

TRADUCCIÓN

Ingrid: una vida después de la muerte

ANDRÉ BRINK

TWEESPRONG – ZUID-AFRIKAANSE MEMORIES
(BIFURCACIÓN – MEMORIAS SUDAFRICANAS)

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS AL
ESPAÑOL: AGUSTÍN B. SEQUEROS.



EDICIÓN NÚMERO 7 / ENERO - JUNIO DE 2018
ISSN 2389 - 9794



INGRID: UNA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

ANDRÉ BRINK

TWEESPRONG – ZUID-AFRIKAANSE MEMORIES
(BIFURCACIÓN – MEMORIAS SUDAFRICANAS)¹

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS AL
ESPAÑOL: AGUSTÍN B. SEQUEROS

Nota sobre la traducción

El texto presentado en esta publicación, INGRID: UNA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE, es la traducción al español de uno de los capítulos de las memorias del escritor sudafricano André Brink (1935 – 2015), publicadas en 2009. El libro apareció, casi al mismo tiempo, en afrikáans, inglés y neerlandés. El título del original en afrikáans era: 'n Vurk in die Pad (“Una bifurcación en el camino”); el de la versión neerlandesa: Tweesprong. Zuid-Afrikaanse memoires (“Bifurcación. Memorias sudafricanas”), y fue publicado por la editorial Meulenhoff, de Ámsterdam, en ese mismo año de 2009. La presente traducción se ha hecho partiendo del texto de la edición neerlandesa, págs. 110-134.

En este capítulo, André Brink relata su relación con la poeta sudafricana Ingrid Jonker (1933- 1965), con la que mantuvo una relación pasional y atormentada desde abril de 1963 hasta abril de 1965, tres meses antes de que

1. Copyright © 2009 de André Brink. Extracto de *A Fork in the Road*, publicado originalmente por Harvill Secker, 2009.



Ingrid Jonker se suicidara (lo que sucedió en la madrugada del domingo 19 de julio de 1965, poco antes de cumplir Ingrid los 32 años de edad).

André Brink, que falleció en febrero de 2015, a los 79 años de edad, ha sido uno de los escritores más famosos y significativos de Sudáfrica, y ha creado una extensa obra: llegó a escribir 26 novelas (de las cuales 10 han sido traducidas al español) y 14 dramas. También publicó varios libros de viajes, uno de los cuales, curiosamente, está dedicado a España: es el que lleva por título *Olé* y fue escrito en 1965. Como traductor al afrikáans fue enormemente prolífico, traduciendo de diversos idiomas unas 60 obras, entre ellas *El Quijote*. Y en 2007 tradujo al inglés, en colaboración con la poeta sudafricana Antjie Krog, una selección de poemas de Ingrid Jonker, con el título de *Black Butterflies - Selected Poems* (“Mariposas negras – Poemas seleccionados”).

André Brink fue un luchador constante a favor de los derechos de los desvalidos. Ya en los años sesenta del siglo pasado fue uno de los principales integrantes del movimiento llamado en Sudáfrica *Die Sestigers* (“Los sesenteros”), promovido por una serie de escritores que se oponían al régimen del apartheid sudafricano y propugnaban una literatura comprometida. La mayor parte de ellos escribía en afrikáans. La poeta Ingrid Jonker formó parte de ese grupo.

Digno de mención en este contexto es que en 2015, poco después del fallecimiento de André Brink, se publicó su correspondencia con Ingrid Jonker. El libro lleva en afrikáans el título de *Vlam in die sneeu* (“Llama en la nieve”) y poco después apareció ya la traducción al neerlandés: *Ingrid Jonker & André Brink, Vlam in de sneeuw. Liefdesbrieven* [“Llama en La nieve. Cartas de amor”], Amsterdam: Podium, 2015. Estas cartas proyectan nueva luz en ciertos episodios de las relaciones entre ambos respecto a lo que narra Brink en sus memorias, y espero traducir parte de ellas dentro de poco.

Agustín B. Sequeros
Noviembre, 2018

Deseo expresar mi agradecimiento a la profesora María Cecilia Salas Guerra por su inapreciable ayuda en la revisión del texto traducido.

Han pasado más de cuarenta años desde que Ingrid Jonker murió. Y sin embargo hoy día, gracias a su poesía, está viva para muchas más personas que durante su corta vida. Y eso a pesar de que en algunos aspectos resulta aún en gran medida inasequible. Se ahogó en la noche del 19 de julio de 1965, cuando se internó en las frías aguas del Océano Atlántico, en la Bahía de las Tres Anclas, cerca de Ciudad del Cabo, convirtiéndose en un mito. El mito de la ninfa del mar y el sol, ignorada, rechazada, maltratada e incomprendida, que ya había predicho en su adolescencia la propia muerte en su poesía y que por fin fue enaltecida cuando Nelson Mandela, en la inauguración del parlamento en mayo de 1994, leyó su poema “El niño”. ¿Cómo habiéramos podido – cómo hubiera nadie podido - en la oscuridad en la que decidí dejar la vida, anticipar que después de su muerte seguiría viviendo?

Todos esos años me he mantenido deliberadamente al margen de los intentos – incluidos los documentales que se han hecho, algunos realmente muy malos – de evocar la imagen de su vida. Pero precisamente, todos estos intentos me han llegado a hacer pensar que quizá yo le debía a ella, sin hacer un drama y menos un melodrama, revelar algo de lo que he guardado hasta ahora para mí mismo. No el icono, sino la persona. La mujer a quien he amado. Y que a veces me llevó al borde de la locura. Hay muchas cosas que – por amor y piedad – han de seguir siendo sólo nuestras. Pero hay también bastantes otras cosas que después de tantos años deberían ser contadas. En parte quizás para aclararlas. Y en parte simplemente para recordarlas. Y conservarlas.

Hay una foto de aquel entierro trágico e incluso obsceno, cuatro días después de su muerte, con los familiares formando un grupo negro y hosco a un lado de la sepultura, y cuatro agitados amigos al otro lado; una foto que en la que Jack Cope, que había sido su amante durante años, como un nuevo Laertes intenta tirarse en la sepultura, amenazando convertir todo en un vulgar drama. Cuando ahora miro la foto, me doy cuenta de pronto de que casi todos los que se hallan en ella, de que todos los que de un modo u otro tuvieron que ver algo con Ingrid, están ya muertos. Su padre, aquel pobre y arrogante personaje de débil carácter, murió alcoholizado unos meses después. Jack,





que también conoció el tormento que era tener una relación con ella y perderla continuamente y que se vio confrontado mucho antes que yo con la angustiada idea de volverse viejo, está muerto. Uys Krige, la eterna estrella emergente de la literatura sudafricana, que el día del entierro supo detener aquel exceso rayano en la vulgaridad, también está muerto, por muy increíble que parezca a todos los que alguna vez le oyeron recitar poesía o hablar con soltura en cinco idiomas. Jan Rabie, el romántico rastreador de playas, el primer escritor moderno de obras de ficción en afrikáans, está muerto. Al igual que Marjorie Wallace, que plasmaba en sus lienzos con colores alborozados la alegría de la vida (“Alegres, alegres ramas, que no queréis despediros de las hojas...”). Y también Anna, la triste hermana de Ingrid que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de hacer prevalecer su propia versión de la verdad sobre la de su hermana, a costa de todo lo que pensarán los otros. E igualmente el marido de Ingrid, Piet Venter, que siempre se hallaba como perdido entre los artistas que rodeaban a su mujer. También Bartho y Kita, los amigos que siempre nos animaban tan fervorosamente a Ingrid y a mí a tener un niño para que pudieran adoptarlo ellos y así conjurar el hecho de que ellos no pudieran tener hijos. Y tantos otros del pasado.

Muchos han intentado a lo largo de los años apropiarse de ella para sus propios fines, convertirla en la *poétesse maudite*, la poetisa maldita de Sudáfrica, una nueva Anne Sexton, una nueva Sylvia Plath. Ha habido cantantes que han usado sus poemas para componer canciones y cantarlas hasta la saciedad en busca de una fama fácil. Presentadores, realizadores de películas y dramaturgos han intentado seguir esos mismos pasos livianos en grabaciones y películas. Buitres aprovechados a los que Ingrid durante su vida había despreciado y temido tanto.

En la tarde dorada y azul de un día de finales de verano, jueves 15 de abril de 1963, Ingrid entró en mi ordenada vida y la puso patas arriba. Hasta ese momento yo tenía una existencia impecable y en extremo predecible de marido y padre, profesor de literatura, con sueños en su mayor parte aún sin realizar sobre un futuro de escritor, después de la publicación de mi novela, “Lobola”, que había causado un inesperado impacto en el *establishment* literario de Sudáfrica; no obstante, era muy consciente de las exigencias y limitaciones que me imponía la vida familiar, del peligro



que suponía la autocomplacencia burguesa, de llevar una existencia de un pequeño pez en un estanque. ¿Y después qué? Un mundo en el que nada volvería a ser jamás seguro y evidente y en el que todo, desde lo más personal hasta lo más público, desde el amor hasta la política, estaría expuesto a la inseguridad y el peligro.

Estábamos en un oscuro y desaliñado cuarto delantero de una casa del viejo barrio de Cheviot Place, en la zona costera de Groenpunt, donde vivían Jan y Marjorie, quizás la única casa de artistas verdaderamente bohemios de Ciudad del Cabo. Éramos un grupo de escritores que se había reunido para organizar una acción de protesta contra la nueva ley de censura que en esos momentos estaba siendo propuesta en el parlamento. Algunos de nosotros habíamos empezado individualmente un ataque contra este proyecto de ley por considerarlo un atentado al arte. El principal promotor de la nueva ley era el escritor y prominente político de derechas Abraham Jonker, cuya prosa realista de su primer periodo nunca había cumplido las expectativas que había suscitado en un primer momento y que se había hecho notorio cuando afirmó que incluso Shakespeare había de ser expurgado. Pero había llegado el momento de organizar un movimiento de resistencia a mayor escala. Habíamos discutido sobre el asunto con mucho entusiasmo y apasionamiento, pero aún no habíamos llegado a nada concreto ese día.

Y fue entonces cuando entró ella, pequeña y silenciosa, pero tensa, con el pelo en rizos de color rubio oscuro revueltos, con ojos castaños esquivos pero ardientes. Era la hija del defensor de la censura Abraham Jonker, el mismo que entonces aspiraba a ser el jefe de la censura. Llevaba una camisa de hombre, suelta y de una talla demasiado grande para ella, y un pantalón verde muy ajustado. Tenía un cigarrillo entre los dedos. Iba con los pies descalzos; unos pies pequeñitos, estrechos y bellísimos. Después yo no sería ya capaz de encontrarme con una mujer sin mirarle los pies.

En el resto del fin de semana fui descubriendo toda una escala de expresiones desconcertantes en sus ojos: desde frías y ausentes hasta encendidas de ira, desde serenas hasta desbordantes, desde apáticas hasta decepcionadas o ansiosas, desde desafiantes hasta conmocionadas o despectivas, desde infantilmente asombradas hasta ardientes y apasionadas, desde casi



imperceptiblemente satisfechas hasta corrosivas y cortantes. Y su boca era delicada y sensual; alternativamente cínica, satisfecha, enojada, vulnerable, juguetona, amarga, burlona, plácida, enfurecida, feliz, entusiasta, impetuosa. Todos aquellos cambios rápidos e inesperados de estado de ánimo y de expresión resultaban imprevisibles y totalmente fascinantes.

Fue para ambos un enamoramiento súbito, a pesar de que yo estaba casado y ella mantenía desde hacía algunos años una relación – cosa que yo no sabía entonces - un tanto inestable con Jack Cope, que nos sacaba más de veinte años a ambos.

Ya en aquel impetuoso primer fin de semana, antes de volver a Grahamstown, ciudad donde yo era profesor de afrikáans en la Universidad de Rhodes, mantuvimos toda clase de conversaciones que me introdujeron en los paisajes de su vida; muchas de ellas una especie de destellos, crípticos y enervantes, de una deslumbrante intensidad, otras que eran auténticos viajes de exploración, largos y persistentes, a través de los campos, de la luna, del mar, del cuerpo, de los ojos, de la imaginación.

¿Cómo podía yo imaginar en lo más mínimo que aquella pequeña mujer de ojos grandes y oscuros y cabellos revueltos iba a cambiar por completo el curso de mi vida y de mi trabajo, que en los siguientes cuarenta años la elección de personajes femeninos de mis libros estaría siempre influida por ella, que mis ideas sobre las líneas argumentales que yo concibiera y mi trato con otras personas iba a cambiar por la influencia que ella ejerció en mí? ¿Cómo podía suponer que todas mis ideas sobre relaciones humanas desde ese momento estarían determinadas por la toma de conciencia y el temor a la traición, el escepticismo sobre la perdurabilidad, la desconfianza del compromiso o el sentimiento de culpa por la elección contra la estabilidad y la seguridad?

¿Y por qué razón en concreto?

No era sólo porque Ingrid fuera como era. Sino también, sin duda, porque yo, a causa de mi encuentro con ella, de repente y de un modo extraño y desconcertante parecía verme confrontado con la encarnación viva de un personaje que había descrito hacía poco en una novela: Nicolette en



El embajador. Antes de que el libro fuera publicado tuve aún tiempo de introducir en él algunas referencias a Ingrid: la manera en que ella, cuando estaba inquieta, se revolvía con un dedo un rizo que caía sobre su frente, hasta que se dormía; un lunar que tenía en el muslo... Hay aún más “huellas” de Ingrid en el personaje llamado Gillian y la atormentada relación de ésta con su padre, sus impetuosas peroratas en contra de la religión (aunque he de decir que a Ingrid realmente no le gustaba mucho Gillian)... Pero todo esto no tenía ni punto de comparación con la realidad, el impacto de Ingrid como chica joven, mujer, persona. El problema propiamente dicho era que desde el principio a mí me resultaba prácticamente imposible verla clara y distintamente, tal como era realmente ella, y que la veía más bien como la proyección de un personaje ficticio ya existente.

¿Cómo podría volver a separar yo realidad de ficción? ¿Cómo podría impedir que mi vida en adelante se convirtiera en una serie de relatos o que unos relatos imaginados se llegaran a convertir en acontecimientos de mi vida? Es posible que no haya tenido otra solución – eso es por lo menos lo que me parece ahora, cuarenta años después – que la de dividir mi vida en innumerables compartimentos: cada amigo, cada conocido, cada mujer separarlos de todos los otros tras las puertas cerradas de los recuerdos y la imaginación. Quizás haya sido esa la única manera de poder mantener el control sobre mi mundo.

La simple secuencia de hechos referentes a la vida de Ingrid es entretanto de sobra conocida, y se ha convertido en leyenda, imagen, icono: la inocencia quebrantada, la niña maltratada, la incomprendida paria, el anhelo de una figura paterna, la atracción de la muerte, el anhelo de autodestrucción. Todo ello verdadero. Pero quizás sea también todo ello una concepción demasiado fácil.

Ingrid nació en septiembre de 1933 (sobre la fecha exacta hay opiniones divergentes) en la granja de Fanie Cilliers, su abuelo materno, cerca de la pequeña ciudad de Douglas, situada en la provincia del Cabo Nord Occidental, cerca de la desembocadura del río Vaal en el río Oranje, donde yo mismo pasé algunos de los años más importantes para mi formación en mi juventud. (A lo largo del tiempo, esta coincidencia llegaría a adquirir para nosotros dos una significación más profunda.) En una de sus primeras fotos, por la que ella siempre tuvo particular predilección, se la ve desnuda a



la orilla de una agitada masa de agua fangosa, como si fuera una pequeña ninfa de otro mundo, mirando a la cámara desafiante y apretándose la pequeña e inocente vulva con el pulgar y el índice.

Poco antes de nacer Ingrid, su madre, Beatrice, había sido abandonada por Abraham Jonker, que la acusaba de haber quedado embarazada de otro hombre. Con el correr del tiempo Abraham volvería a contraer matrimonio dos veces, formando finalmente una nueva familia en Ciudad del Cabo. Su última esposa se desentendería, en su momento, de las dos “indómitas” hijas del primer matrimonio de su marido: Ingrid y su hermana Anna, que tenía dos años más que ella. Durante muchos años, Beatrice estuvo constantemente enferma: padecía leucemia y una afección nerviosa que se agravó tanto que hubo de ser internada en la clínica psiquiátrica de Valkenberg, donde mucho tiempo después Ingrid misma llegó a estar internada varias veces. “He visto a mi madre volverse loca ante mis propios ojos”, me contó varias veces durante aquél primer fin de semana en que nos conocimos. “Me acuerdo muy bien de cómo estaba sentada ante la ventana, con una pequeña manta sobre el regazo, tirando de las hilachas de uno de los bordes de la manta y hablando consigo misma. ‘Si tiro de esta, va a venir una mujer extraña. Si tiro de esta otra, va a venir un hombre extraño. Y si tiro de esta tercera, va a venir Abraham Jonker.’ Y entonces empezó a llorar y a gritar histéricamente.”

Después de la muerte del abuelo materno de Ingrid, Beatrice se trasladó con su madre y sus dos hijas a Durbanville, cerca de Ciudad del Cabo, donde vivieron en “la casa del árbol de la pimienta”. Y después se fueron a vivir en Gordonsbaai, donde Ingrid pasó la mayor parte de su infancia. Las dos niñas jugaban en la playa y en el mar —“éramos como dos pequeñas nutrias”, me decía Ingrid- o se ensimismaban en el mundo de fantasía de los libros o se dedicaban a recoger durante horas enteras “secretos” en el pinar, secretos que después enterraban. Esos secretos guardados o enterrados pasaron a formar una parte íntima de su vida, no sólo como tesoros sino también como escondite de los recuerdos, un mundo del inconsciente frente al mundo cotidiano. Mucho más tarde se referiría en su poesía crípticamente al esperma de un amante como sus “secretos”, restos de un mundo personal al que sólo ella tenía acceso.



El mar fue la música de fondo de su poesía. El mar le fascinaba y sabía nadar como un pez. Y, no obstante, encerraba una corriente de malos presentimientos. De pequeña, antes de ir a vivir a Gordonsbaai, Ingrid había tenido hasta dos veces la aterradora experiencia de casi ahogarse: una vez en un río y otra vez en un embalse de la granja. De una manera extraña pero muy significativa las fuerzas de la vida y la muerte quedaron así vinculadas en sus pensamientos. Y a través de los años todo ello encontró expresión en su poesía.

El mundo infantil junto al mar era para las dos hermanas tal fuente de felicidad que apenas se daban cuenta de la absoluta situación de pobreza en que se encontraban y en la que su madre y su abuela tenían que arreglárselas como podían para buscar el sustento diario. Muchos días no había más que sopa de cabezas de pescado para comer; y cuando no había nada, la ferviente fe de la abuela les ayudaba a resistir. Los domingos ésta iba a reuniones religiosas donde predicaba para las familias de los pescadores negros y mestizos, e Ingrid se inspiraba en esas predicaciones para componer rimas religiosas que escribía sin parar. Durante toda su vida la Biblia constituyó un importante marco de referencia en su escritura, no sólo en lo que se refiere al contenido, sino también a la elección de vocabulario, imágenes y estilo. De la Biblia sacaba Ingrid la luz y la oscuridad, el temor y el éxtasis, el miedo al infierno y la esperanza del cielo, elementos que ella necesitaba para crear su propia mitología. Y además de la Biblia, estaban los extensos comentarios que escribía su abuela, con el título de "Textos del Día". Estando juntos, Ingrid me los enseñaba con frecuencia para leerme, poniendo voz de pastor protestante y estallando de risa de vez en cuando -aunque nunca con verdadera mofa-, aquellos textos que estaban escritos en pequeñas hojas de color azul con una letra clara y menuda. La religión fue para ella aún más importante cuando se apartó de todas las formas organizadas de la misma. De un modo extraño, se hizo precisamente más dependiente de la religión después de haberla desechado. Y dado que yo entonces estaba rompiendo totalmente con la iglesia, el encuentro con Ingrid resultó al respecto probablemente un momento decisivo en mi propio proceso de desconexión con la religión.

En 1943, murió de cáncer la madre de Ingrid. La muerte había entrado por primera vez en su mundo con el fallecimiento del abuelo materno. Casi un año después de la defunción de su madre, murió también su querida abue-



la. Y con ello surgió una barrera entre la pequeña chica y sus más preciosos recuerdos de una niñez paradisiaca. Desde entonces la muerte sería como un tono oscuro soterrado en todo lo que escribía; pero con frecuencia de una manera muy ambigua: a veces como un estado onírico anhelado, otras veces como una presencia aterradora y amenazante, y otras como un amigo o como un temido enemigo, como oscuridad o como luz final.

Como si saliera de la nada, Abraham se presentó de repente para reclamar a sus hijas y hacerse cargo de ellas. Hizo lo que pudo para acogerlas bien en su nueva familia (entretanto había tenido ya dos hijos con su nueva mujer) y las envió a un buen colegio. Sin embargo, Ingrid tenía la sensación de que la menospreciaban y muchos años más tarde se quejaba aún -quizás con cierta exageración- de que había tenido que trabajar como una cenicienta para una madrastra adusta y despiadada. Tal como yo lo veo ahora, esto constituía parte de una idea que ella se había formado de sí misma como una persona excluida, rechazada e incomprendida. Estimulada por un maestro comprensivo, buscó refugio en la escritura de poesía, inhibiéndose de lo que acontecía en la superficie de su vida; y antes de cumplir los dieciséis años de edad, había escrito ya la mayor parte de los poemas que fueron después publicados en su libro *Evasión* (1956).

El pequeño volumen se lo dedicó Ingrid a su padre. Pero cuando le llevó el primer ejemplar, este le dijo en tono adusto: “Espero que sea algo más que una mera cubierta. Ya lo hojearé esta noche para ver si no me tengo que avergonzar de lo que has escrito”.

A finales de 1951 Ingrid hizo el examen final de secundaria, aprobándolo con notas muy mediocres, excepto para la asignatura de lengua y literatura sudafricana, por la que sacó un diez. Quería seguir estudiando y hacer una carrera, pero su padre se negó a ello. Lo que sí le permitió, fue que se inscribiera en un curso de secretaria para que pudiera encontrar un trabajo pronto. “Si ya tienes suficiente edad como para escribir, también la tienes para ganarte la vida por tu cuenta”, le dijo, secundando la opinión de su mujer. De modo que Ingrid abandonó entonces la casa paterna. “En aquella casa había lugar suficiente, pero no así en el corazón de sus habitantes”, decía ella lacónicamente. Se fue a vivir en un apartamento situado cerca del centro de la ciudad. Durante tres



años trabajó para diversas imprentas y editoriales, donde preparaba la edición final de manuscritos y corregía pruebas de imprenta.

En 1954 empieza una nueva fase en su vida cuando conoce a Piet Venter, un hombre de negocios que tenía la ambición de llegar a ser escritor. Piet tenía diecisiete años más que ella y se había divorciado ya dos veces. Dos años más tarde, poco después de la publicación de *Evasión*, se casaron. Fue una decisión más de ella que de él. Después de las ingratas experiencias de su primera juventud, la seguridad del matrimonio era algo que siempre había anhelado. Uno de los sueños que había albergado desde hacía mucho tiempo era tener un hijo, algo que ahora estaba al alcance de la mano. No obstante, se cernía una sombra sobre su posible embarazo por su exacerbado miedo a tener un aborto, tal como se pone de manifiesto en uno de sus más conocidos poemas, "Mujer embarazada", que data de 1957, el año en que estaba encinta; este es un poema dominado por la imagen alucinante y surrealista de una mujer que está echada y cantando bajo las oscuras aguas de la alcantarilla con el feto de su hijo a su lado. Por aquel tiempo, Ingrid acababa de incorporarse a un grupo muy especial y cosmopolita de artistas, en el que Piet, a pesar de sus ambiciones artísticas o quizás justamente debido a ellas, no se encontraba muy a gusto. Entre los nuevos amigos se encontraban Jan Rabie, que había regresado hacía poco de una estancia en París de siete años, y su mujer escocesa Marjorie Wallace, el pintor Erik Laubscher y su mujer francesa, la artista Claude Bouscharain, el joven estudiante de artes plásticas Breyten Breytenbach y, el más importante de ellos, el famoso bohemio, poeta y viajero Uys Krige. Uys, que se pasaba días y noches enteras leyéndole y explicándole sus traducciones de los surrealistas franceses, de Lorca y de los poetas latinoamericanos, puso a Ingrid en contacto con el escritor Jack Cope, un buen amigo suyo con quien compartía el alquiler de un bungalow situado en la Segunda Playa de Clifton. El grupo había transgredido todas las fronteras y tabús impuestos por el régimen de apartheid recientemente establecido en Sudáfrica, acogiendo en su seno a una serie de poetas y escritores no blancos, tales como Piet Philander, Richard Rive, Peter Clarke y Adam Small.

El nacimiento de la hijita de Ingrid, Simone, fue un momento crucial para ella. La realización de la maternidad se vio acompañada por un suceso que me contaría Ingrid poco después de nuestro encuentro en el mugriento hall del anti-



guo Hotel Clifton: durante la pequeña fiesta organizada para celebrar su vuelta de la clínica de maternidad, se había encontrado en casa a su marido Piet con otra mujer en la cama. Apenas un año y medio después, éste fue destinado a Johannesburgo por la compañía para la que trabajaba, ciudad que Ingrid poco después describiría como “el lugar probablemente más primitivo del planeta”. El traslado tuvo además como consecuencia que hubo de dejar atrás a todos aquellos amigos que habían llegado a dar sentido a su existencia. Nadie podrá saber a ciencia cierta si tuvo que ver directamente con esto el hecho de que Ingrid cometiera entonces su primer intento de suicidio, pero visto a posteriori la relación no deja de parecer verosímil. Aunque tampoco debe olvidarse al respecto algo que recordaba alguna vez Marjorie Wallace, y que sucedió cuando se encontraron por primera vez ella e Ingrid; estaban charlando animadamente en la playa de Clifton, y de pronto Ingrid le preguntó: “¿Tú crees que me suicidaré alguna vez?” Esta fue también una de las preguntas clave que me estuvo haciendo durante el primer fin de semana en que estuvimos juntos.

“Echamos de menos el sonido del mar, y todo lo demás, claro”, le escribía a Jack sólo unos días después de haber llegado al norte. “...Siento que mi carta sea tan aburrida; no hay nada que contar; ¡me siento tan encerrada aquí!”

Una de sus primeras experiencias en lo que entonces se llamaba aún el *Transvaal*, fue asistir a una “Fiesta de la lengua”, tal como se denominaba a los acontecimientos en honor del idioma afrikáans que se celebraban por todo el país. En aquella reunión dirigió la palabra a los asistentes el infame “arquitecto del apartheid”, Hendrik Frensch Verwoerd, a quien Ingrid calificaba como perteneciente al género de los “animales”: “Sin ninguna contemplación cometió una agresión verbal tras otra, hasta que el gran líder de la nación muy satisfecho de sí mismo se sentó, siendo aplaudido calurosamente por todos aquellos blancos afrikáners.”

Aún recuerdo perfectamente una tarde de invierno clara y fría en el balcón de su apartamento. Estábamos hablando de Verwoerd. Ingrid había bebido demasiado. En mitad de la conversación se calló de repente y me miró a través del humo de su cigarrillo.



- *¿Odias a Verwoerd?, me preguntó.*
- *Sí, claro, dije.*
- *Quiero decir que si lo odias de verdad.*
- *Sin duda.*
- *Entonces vete ahora mismo y mádale de un tiro.*
- *¿Qué quieres decir con que le mate de un tiro?*
- *Que te vayas inmediatamente a comprar un revólver y le pegues un tiro.*
- *¡Pero Ingrid! No se puede matar a una persona así sin más.*
- *Si de verdad creyeras lo que decías sobre él, lo harías.*
- *Por favor, no seas tan irrazonable.*

¡Cuántas veces y en cuántas de nuestras conversaciones no emplearía yo aquellas palabras! Y cada vez me espetaba: “¡Anda, vete a la mierda con tu irrazonable!”

Aquella noche había seguido insistiendo:

- *André si no lo haces ahora mismo, no voy a volver a creer ni una sola palabra de lo que digas.*
- *¡Ingrid, por favor!*
- *Eres tan miedoso como todos los otros. No tienes agallas para ser consecuente con tus convicciones. ¡Te desprecio!*

Siguió un fuerte altercado que duró gran parte de la noche. Hasta que llegó un momento en que ella ya ni sabía lo que decía y tuve que llevarla adentro y meterla en la cama, hasta que se quedó dormida. Así estuvo hasta bien entrada la mañana; y cuando se despertó, había olvidado todo lo que había pasado la noche anterior.

La estancia en Johannesburgo resultó en casi todos los sentidos una catástrofe. A los tres meses Ingrid se escapó y se fue a Ciudad del Cabo, dejando en casa toda su ropa y a su hijita. A pesar de su ostentoso amor por Simone, a veces mostraba una indiferencia alarmante para con su hija. Cuando tenía visita, dejaba sin problemas a la niña en casa de los padres de Piet, de su hermana Anna o de algunos amigos.



La decisión de venirse para Ciudad del Cabo estuvo influida por el hecho de que entretanto se había enamorado de Jan Rabie. Ya antes había surgido entre ambos una estrecha amistad cuando Marjorie, después de los años que había pasado con Jan en París, se había ido a Escocia para pasar allí un tiempo; y con su característica franqueza Jan le había escrito a Marjorie diciéndole que si no volvía pronto a Ciudad del Cabo, acabaría por acostarse con Ingrid. Pero después del regreso de Marjorie, la relación amorosa con Ingrid quedaba excluida: el estricto calvinismo en el que Jan había sido educado por su padre no dejaba lugar a esas cosas. La reacción de Marjorie ante la vuelta de Ingrid a Ciudad del Cabo fue tan clara como la de Jan: Ingrid debía quedarse a vivir con ellos, y así se curaría pronto.

Piet Venter no tardó mucho en venir a buscar a Ingrid para volvérsela a llevar a casa. Pero los días del matrimonio estaban contados. Ahora que Jan había quedado fuera de su alcance, la relación amorosa con Jack Cope se consolidó pronto – aunque éste había intentado mantenerla a distancia, diciéndole que él era “un viejo junco roto”. En una carta dirigida por aquel tiempo a Uys Krige, Ingrid manipulaba la situación al contarle a su padre-mentor-amigo que lo que había dicho Jack era: “Según Uys tú eres un junco roto”. Sea cual sea la versión verdadera, todo ello quedó plasmado en el conmovedor poema “Canción de los juncos rotos”, una elegía lírica sobre la muerte y la soledad.

Gracias al traslado a Hillbrow, un barrio de las afueras de Johannesburgo animado y cosmopolita, la vida se hizo más llevadera para Ingrid; pero no por mucho tiempo. A principios de 1960 abandonó finalmente a Piet y volvió a Ciudad del Cabo, esta vez con Simone. El divorcio sería pronunciado en 1962. Eran aquellos unos momentos críticos en la historia del país, ya que por entonces tuvo lugar la masacre de Sharpeville, sucedida el 21 de marzo de 1960. En todo el país se produjeron estallidos de violencia. En Ciudad del Cabo se dio a conocer, entre otras, la noticia estremecedora de la muerte de un niño negro al que llevaba su madre a la espalda y que fue matado de un tiro por los soldados en Nyanga, una barriada periférica de población negra. Movida por un sentimiento de rabia y cierta fascinación morbosa, Ingrid se fue a la comisaría de Philippi a ver el cadáver del pequeño. En un estado de intensa emoción e inspiración escribió lo que para muchos es aún uno de



los mejores poemas de la literatura sudafricana: “El niño matado de un tiro por los soldados en Nyanga”. Aunque muchos de sus amigos le avisaron de las posibles repercusiones peligrosas, se negó a cambiar ni una sola palabra del poema; lo único que hizo fue acortar el título. Al igual que la imagen del niño de quien hablaba el poema, éste se difundió por todo el mundo traducido a muchos idiomas. “Me sorprende que la gente lo llame un poema político” -escribía Ingrid poco después de nuestro primer encuentro en un artículo aparecido en la revista Drum-. “Surgió -seguía diciendo- de mis propias experiencias y mi sentimiento de pérdida. Se asienta en un punto de partida de toda filosofía, una cierta fe en la “vida eterna”, el convencimiento de que nada se pierde nunca totalmente”.

También en otros aspectos aquellos años fueron para Ingrid tiempos difíciles. La relación con Jack le proporcionaba cierto amparo, pero era también una fuente de frustración y de irritaciones a causa de la falta de compromiso y la negativa constante de Jack a casarse con ella, lo cual venía quizás condicionado por el fracaso de su primer matrimonio. El momento más difícil se produjo a mitad de 1961, cuando descubrió que estaba embarazada. Esperó dos meses antes de decírselo a Jack; y cuando por fin tuvo el valor de decírselo, el único comentario que éste hizo – como ella misma me contaría dos años después – fue: “¿Y qué vas a hacer ahora?”

Sobre lo que Ingrid hizo exactamente hay varias versiones. Su hermana Anna, como siempre interesada en escamotear lo que a ella no le gustaba, afirmaba que Ingrid se había hecho internar en un hospital. Ingrid misma me contó con todo detalle que había sido un aborto clandestino, realizado con una aguja de punto por una vieja negra.

Casi le costó la vida. Lo acontecido fue después reflejado en unos de los poemas más conocidos de Ingrid, “Granito de arena”, en el cual un niño aún no nacido protesta desde el seno materno contra la inutilidad de la existencia humana y contra la nada. Constituyó uno de los momentos más traumáticos de su vida, que siguió obsesionándole hasta el final. Y su relación con Jack -aunque fue reanudada- nunca volvió a ser como antes.



Lo que a Ingrid le atormentaba más de aquel aborto era el recuerdo de su madre, que treinta años antes había sido abandonada por Abraham Jonker y que propiamente debiera haber abortado, pero que, sin embargo, decidió dar a luz a su hija. Que Beatrice, que tantas razones tenía para abortar, hubiera rechazado hacerlo, era algo que a Ingrid le provocaba sentimientos de culpabilidad que nunca logró asimilar. Con frecuencia, en momentos de gran tensión emocional, se identificaba a sí misma, el feto que había seguido en vida, con el niño que ella había hecho abortar. No es de extrañar que en el periodo que siguió al aborto tuviera que ser internada más de una vez en la clínica psiquiátrica de Valkenberg, donde fue sometida, entre otras terapias, a electrochoques. Y su fijación con el suicidio llegaría a convertirse con el tiempo en algo casi patológico.

Este sombrío periodo -los últimos meses en Johannesburgo, el regreso a Ciudad del Cabo- fue de una intensa actividad poética. Si la mayor parte de los poemas de *Evasión* habían sido escritos en estrofas con rima, una forma que seguiría apareciendo bastante tiempo en su poesía, ahora, sin embargo, bajo la influencia de Uys Krige y sus magníficas traducciones de Éluard, Lorca, Neruda, Andrade y otros, Ingrid empezó a cultivar el verso libre. Y al cabo de un espacio de tiempo sorprendentemente corto acabó el pequeño poemario que constituiría el núcleo de su legado literario, *Humo y ocre*, editado en octubre de 1963 por Bartho Smit en la editorial APB, de Johannesburgo. La portada fue diseñada por Nico Hagen, un joven artista de Ciudad del Cabo.

El fin de semana que siguió a nuestro primer encuentro lo pasé en Bantrybaai, en el pequeño apartamento que Ingrid compartía con Lena Oelofse, una buena amiga suya. Por la tarde del viernes, después de ir a buscar a Ingrid a su trabajo -el "agujero gris", como ella lo llamaba- se presentó de repente Nico. Le acompañaba una joven bastante nerviosa. Sin andarse con muchos rodeos nos dijo que él y aquella chica se habían casado aquel mismo día. Ingrid se quedó boquiabierta, pues resultaba que, al mismo tiempo que con Jack, ella había tenido una relación con Nico y que éste le había pedido que se casara con él no hacía mucho.

- *Nos gustaría mucho seguir manteniendo contigo amistad*, le dijo Nico con mucha satisfacción.

- ¡Vete a la mierda con tu amistad!, le respondió Ingrid furiosa. ¡Lárgate, traidor, que eso es lo que eres, un traidor!

A continuación se metió en un baño de agua caliente donde estuvo durante toda una hora en un silencio total, fumando un cigarrillo tras otro. Habíamos quedado en salir a cenar, pero no había manera de hacerla salir del baño. Después de un tiempo se decidió por fin a irse conmigo – pero no para cenar, sino para beber. “Esta noche quiero embriagarme”, dijo.

Delante del restaurante, el “191” de la calle Bree (donde para colmo aparecieron de pronto unos amigos míos de Grahamstad), se echó a llorar desconsoladamente. Cuando se calmó algo, empezó a hablar de una manera compulsiva. ¿Cómo podía Nico hacerle algo así? ¿Es que no había significado nada para él? ¿Y todas las promesas que le había hecho? Y no era el único: todo el mundo se aprovechaba de ella, hacía con ella lo que quería y luego la tiraba como se tira un trapo viejo. ¿Qué era lo que hacía mal? Porque estaba claro que todo era por su culpa...

Pasó bastante tiempo antes de que pudiéramos entrar. Durante la cena – por fin había consentido en comer algo – me contó toda la complicada historia de los amores que había tenido durante su vida. Y una y otra vez, de una manera obsesiva, volvía a hablar de Simone, que en aquel momento estaba con Piet Venter en Johannesburgo. “Quieren quitarme a mi hija. Y el juez seguro que les dará la razón. Porque dicen que tomo drogas. Y bebo. Y me voy a la cama con otros. ¡Pero yo quiero quedarme con mi hija!” Y como otras muchas veces, durante aquel fin de semana empezó a hablar de nuevo del suicidio. Me enseñó las cicatrices tenues y blancas que tenía en las muñecas, consecuencia de un intento anterior. Y sin embargo, cuando el lunes por la mañana muy temprano cogí el coche para volver a Grahamstad, que quedaba a más de mil kilómetros de distancia, en la sonrisa con que me despidió había algo increíblemente sereno y casi feliz.

Ambos habíamos supuesto que nuestro fin de semana juntos quedaría fuera del tiempo, fuera de nuestra vida normal: ninguno de los dos esperábamos que tuviera una continuación. Pero al cabo de una semana todo cambió. Nos dimos cuenta de que nos habíamos enamorado con una intensidad tal que no





podíamos separarnos. Dio la casualidad que poco después me invitaron para ir a dar a finales de mayo una serie de clases en Ciudad del Cabo. Para Ingrid aquello era como si como si se le brindara un nuevo comienzo en su vida. Al mismo tiempo, el hecho de que yo hubiera aparecido, hizo que se avivase de pronto el interés amoroso por parte de Jack, después de haber disminuido considerablemente en el tiempo en el que Ingrid tuvo la relación con Nico (aunque Jack nunca había desaparecido del todo, debido a que, a fin de cuentas, era un hombre demasiado posesivo). Mientras que Jack antes mantenía a Ingrid a distancia, llamándola sólo de vez en cuando para acostarse con ella y echándola -literalmente- fuera de la cama cuando quería estar solo, ahora resultaba que le prometía amarla eternamente e incluso empezó a hablarle por primera vez de matrimonio. Por lo menos, así me lo contó ella.

En una fiesta de escritores un tanto histriónica, que tuvo lugar en Saffier, la granja de Bill de Klerk, Jack la llamó aparte y le dijo: “¿Te das cuenta de que eres la única mujer a la que verdaderamente he amado en mi vida?” Ella le enseñó entonces un anillo con una piedra de granate que yo le había regalado aquel mismo día. “Pues yo te voy a comprar uno más grande”, le prometió. Pero después de que yo volviera a Grahamstad, se olvidó enseguida de sus promesas.

Incapaz de soportar su ausencia, el resto del año volví cada dos semanas a Ciudad del Cabo. Ingrid se había convertido en una especie de fiebre en mi sangre. Cuando estábamos juntos la vida normal se paraba; el tiempo simplemente dejaba de existir. Pasábamos el fin de semana en hoteles románticos y remotos de Stellenbosch, Franschhoek, Gordonsbaai, Houtbaai. Ingrid, inspirada de nuevo, volvió a componer poemas. Incluso hasta yo empecé a hacer poesía, en su mayor parte de una pésima calidad y poca originalidad; pero es que necesitaba una especie de válvula de escape. Nuestra relación se convirtió en una prolongación del trabajo creativo; lo que escribíamos surgía directamente de los éxtasis y tormentos de nuestro amor.

Pronto se estableció una pauta ineludible: mi vida se convirtió en un péndulo descontrolado entre Ciudad del Cabo y Grahamstad. Nada más llegar a casa, el deseo de la pasión y la libertad absoluta que Ingrid representaba me sobrepasaba completamente y yo me apresuraba irremediamente, lleno de anhelo, a volver a estar con ella; sin embargo, cada vez había de enterarme que durante



mi ausencia había vuelto a estar con Jack, unas veces porque él no quería dejarla en paz y otras porque ella no aguantaba estar sola. Este comportamiento indeciso impedía que cediera al afán de comprometerme totalmente con ella, y que cada vez decidiera volver a Grahamstad, a la comodidad y la protección que me ofrecía mi matrimonio. Y claro que esta decisión hacía a su vez que Ingrid fuera de nuevo en busca de Jack – justo en el momento en que yo mismo, de vuelta a casa, concluía que mi matrimonio estaba completamente fracasado y me apresuraba a hacer planes para volver como una flecha a Ciudad del Cabo, donde volvía a enterarme de que durante mi ausencia... etc. etc.

Continuamente rompíamos nuestra relación. Unas veces después de una decisión común bien reflexionada y tomada con toda calma, pero otras muchas veces de una manera tormentosa y dramática. Y una y otra vez siempre volvíamos a nuestro amor, que nos seguía arrebatando como una corriente peligrosa y oscura. La situación no podía seguir así. El sentimiento de culpa se hizo algo insoportable; aquello era un infierno de dudas e inseguridades. Por primera vez en la vida –aparte de un momento en París, en 1968, después del fracaso de otro amor- consideré la posibilidad de suicidarme.

(...)

A principios de 1964, le concedieron a Ingrid por su libro *Humo y ocre* el premio APB, que era entonces el premio literario más importante de Sudáfrica. Inmediatamente decidió emplear el dinero asignado en un viaje a Europa, donde nunca había estado antes, e incluso pensaba en seguir un estudio en Holanda. Al primero al que llamó para darle la noticia del premio fue a Abraham Jonker. Le ofreció pagarle un ticket de avión a Johannesburgo, donde se celebraba la ceremonia de entrega. Abraham rechazó la oferta con frialdad. Ingrid y yo decidimos que yo fuera a su encuentro lo antes posible (Human & Rousseau me había encargado escribir un libro de viajes y me habían pagado ya un adelanto para el viaje). Iríamos a París, la ciudad que más admiraba, y desde allí seguiríamos juntos el viaje a España. Nuestros planes, naturalmente, deberían permanecer secretos: Jack no debía enterarse. Mi propio matrimonio se encontraba aún en una situación de inestable equilibrio, aunque la percepción diaria de fracaso y traición se estaba convirtiendo en una carga casi insoportable.



A finales de marzo, Ingrid se embarcó en Ciudad del Cabo en el transatlántico Windsor Castle, que la llevaría a Southampton. Casi diariamente nos escribía cartas a los dos amantes que habíamos quedado en tierra: a Jack y a mí. A bordo del barco conoció al escritor Laurens van der Post, que por entonces tenía ya un aura legendaria (aunque bien es verdad que ésta había sido fomentada en gran medida por él mismo). Laurens se convirtió en su nuevo mentor y se encargó de introducirla en el mundo literario de Londres. Al mismo tiempo, las cartas de Ingrid dejaban claro que aunque tenía para con ella una actitud principalmente paternal, no obstante había en ello algo como incestuoso. A mí me contó que Van der Post había sido castrado siendo prisionero de guerra en un campo de concentración japonés; eso explica, si era verdad, la ambigüedad de su relación con Ingrid, al igual que su actitud un tanto cáustica frente a los otros hombres más jóvenes que osaban acercarse a ella.

Las seis semanas que pasó en Gran Bretaña fueron excitantes pero también desconcertantes: no llegaba a sentirse del todo a gusto y su añoranza de Sudáfrica pronto se le hizo insoportable. Cuando después se marchó a Ámsterdam, el sentimiento de desánimo y alienación se agudizó aún más. Una cosa que le trastornaba especialmente era que no hubiera ningún espejo en su habitación. Ingrid tenía una verdadera obsesión con los espejos y necesitaba continuamente poderse mirar en un espejo. Su sueño era tener un dormitorio y un cuarto de baño cuyo suelo, paredes y techo estuvieran cubiertos de espejos. Y el caso es que esto no era una cuestión de narcisismo o vanidad, sino que cada vez tenía más necesidad de asegurarse de que existía. A medida que la confianza en sí misma disminuía, esta necesidad llegó a ser casi patológica.

Su estancia en Ámsterdam tuvo cierto punto de animación por los encuentros con algunos poetas y escritores holandeses con los que le habían puesto en contacto Jan Rabie y otros; pero por lo demás, en líneas generales fue una “verdadera pesadilla”, como ella misma dijo. El poema más memorable que escribió en aquel tiempo, “Tiempo de espera en Ámsterdam”, basado en un sueño sobre mi llegada, suena como una voz que clama en la oscuridad. En el poema, el amante ausente se presenta ante la mesa que ella ha puesto para él, pero en lugar de sentarse, se quita el pene, lo pone encima de la mesa y se va sin decir palabra. Ingrid escribió a mano el poema para Jack, se lo dedicó y se lo envió por carta; después hizo una segunda copia donde me lo dedicaba a mí y también me



lo envió por correo. Su hermana Anna publicó más tarde una versión en la cual el verso *“Te quitaste el pájaro”* (la palabra “pájaro” significa tanto pájaro como pene) había desaparecido porque a ella le parecía indecorosa y aseguró que Ingrid nunca hubiera escrito algo así (y que si Ingrid sí hubiera escrito esto, que entonces la palabra “pájaro” tenía que significar algo distinto). Con esa misma disposición Anna calificó -después de la muerte de su hermana- de pornográficas diversas cartas que Ingrid y yo nos habíamos escrito, y las hizo trizas; y luego me acusó a mí de que yo había sido quien había roto cartas de Ingrid, cartas que estaban retenidas en el Museo Nacional de Literatura Inglesa en Grahamstad. Sin embargo, ella no estaba al corriente del hecho de que Uys Krige, después de la muerte de Ingrid, había salvado una serie de cartas mías dirigidas a Ingrid y que habían sido confiscadas por Jack Cope; Uys había sacado estas cartas a escondidas de entre su papeles y me las había entregado para evitar que también fueran destruidas por Anna o que “cayeran en manos equivocadas”.

El 20 de junio llegué a Ámsterdam. Ingrid había hecho caso omiso de nuestro acuerdo de mantener en secreto mi visita, y había organizado varias entrevistas en la radio, unas con nosotros dos juntos y otras por separado; además había informado entusiasmada a todo el mundo de la Asociación Neerlandesa y Sudafricana sobre nuestros próximos días de “luna de miel”. Y para empeorar las cosas, se empeñó en que nos alojáramos en un distinguido hotel y que fuéramos a comer a los restaurantes más caros. Yo estaba impresionado por todo aquel entusiasmo, pero dado que mi presupuesto era bastante reducido, todo ello resultó casi inmediatamente desastroso. Además ambos teníamos unas expectativas demasiado altas sobre nuestras vacaciones, algo que era casi inevitable, lo cual dio lugar a que surgieran más o menos desde el principio tensiones entre nosotros. Esta situación continuó en París. Allí nos alojamos en un hotel más bien cutre pero encantador que nos había recomendado Uys, situado en la calle Monsieur le Prince, cerca del bulevar Saint-Michel. Las tensiones quedaron provisionalmente aminoradas gracias a la magia de París y a los encuentros con personas interesantes y estimulantes, sobre todo Breyten Breytenbach, un viejo amigo de Ingrid al que había conocido en Ciudad del Cabo y con el que yo mantenía correspondencia hacía ya algún tiempo pero al que nunca había encontrado personalmente. Breyten estaba casado con una bella vietnamita, Yolande. Este tipo de matrimonios era considerado por la legislación sudafricana como “inmoral”, por lo cual tenía prohibida la entrada con ella al país.



Pasamos unas veladas mágicas en la Coupole, el Select, en la plaza de Saint-Sulpice, en Montparnasse o en las orillas del Sena. Pero también se produjeron explosiones de reproches y furia, lágrimas y gritos. El viaje empezó a tener el aspecto de un verdadero fracaso.

Continuamos el viaje a España, que había de constituir el apogeo de nuestro periplo. Antes de alquilar un coche, yo había quedado en mantener primero en Barcelona durante algunos días varios encuentros con editores españoles, como enviado de mi editor de Ciudad del Cabo. Pero Ingrid no quería que la dejara sola en el hotel y tenía miedo de salir sola. Por más que le suplicaba e imploraba, no era capaz de que entrara en razón. Su reacción era excitarme sexualmente e inducirme, primero de un modo sutil y luego de una manera más abierta y ruda, a que me quedara. Pero yo era consciente de mis obligaciones para con mi editor, que había hecho posible el viaje, e iba a las entrevistas acordadas. Cuando volvía, me encontraba con la habitación cerrada por dentro. Si insistía, empezaba a dar tales gritos que la gente se asomaba para ver si alguien estaba siendo violada o asesinada. Hasta el gerente del hotel, aun estando indudablemente acostumbrado a la legendaria furia española, empezó a poner reparos. Nuestra relación empezó a tener todas las trazas de un completo desastre y a resultar autodestructiva.

También hubo uno que otro momento más feliz, entre los cuales una inolvidable tarde en la que asistimos a una corrida -que es, si todo va bien, un acontecimiento que une en sí la belleza y la crueldad-. Pero nuestro tiempo de luz y fulgor, en tanto que pudiera haberlo habido entonces en breves flashes, acabó completamente.

En un momento de silenciosa desesperación, poco después de la corrida, acordamos que sería mejor para ella volver a París, donde Breyten y Yolande la acogerían y donde podría, según esperábamos, pasar aún unos buenos momentos antes de que se le acabaran las vacaciones. Como me resultaba imposible ponerme en contacto telefónico con Breyten, le puse al corriente de la situación mediante un telegrama. Cuando íbamos en taxi al aeropuerto, el comportamiento de Ingrid era de una docilidad poco natural en ella. Pero en el momento en que anunciaron su vuelo, se puso de repente histérica y se negó a entrar por la puerta de embarque. Armó tal alboroto que acudió por lo



menos la mitad del personal del aeropuerto a ver qué pasaba, creándose un tumulto aún mayor. Finalmente llamaron a un médico que le puso una inyección; pero entretanto el vuelo a París ya había salido. En un silencio sepulcral, con los labios apretados y llenos de rencor, volvimos al hotel.

El día siguiente, después de poner otro telegrama a Breyten, repetimos toda la operación, pero ahora con cierta melancolía y sin los alborotos del día anterior. Ingrid regresó en avión a París y yo comencé un viaje por España que duraría varios meses y que más tarde dio como resultado un libro de viajes, que se tituló *Olé*.

Cuando hacia el final de las vacaciones llegué a Madrid, me encontré allí con una carta de mi editor, Koos Human, en la que me decía que Ingrid había vuelto a Ciudad del Cabo. Mucho más tarde me enteré de los detalles. Su estado de salud mental había empeorado de tal manera en París que Breyten tuvo que hacerla internar en la clínica psiquiátrica de Sainte-Anne. Por mediación de Roy MacNab, agregado cultural en la embajada sudafricana, Ingrid fue dada de alta y enviada en avión a Sudáfrica. Después de mi regreso, ella misma me dijo en varias cartas y llamadas telefónicas que Jack ya no quería saber nada de ella y que —y ese era el único punto algo consolador— no se le había retrasado la regla y que por tanto no estaba embarazada, como primero habíamos temido.

Esto debiera haber sido el punto final, pero no lo fue. Al cabo de uno o dos meses reanudamos nuestra correspondencia con toda intensidad. Los arrebatos de desengaño y repulsa quedaron arrinconados por una pasión renovada. A principios de diciembre yo estaba de nuevo en Ciudad del Cabo.

En cierto modo todo parecía igual que antes. Pero la realidad era distinta. Algo se había perdido. Había ahora una especie de vehemencia en nuestra relación, un afán de convencernos contra viento y marea de que todo iba aún bien. Pero ambos sabíamos que nuestro amor no podía ya ser lo que había sido; y eso lo reconocíamos en los momentos más vulnerables. El dolor era casi irresistible; para Ingrid significaba propiamente la pérdida definitiva de la inocencia, de la candidez que la había hecho una especie de elfo, un ser que nunca debería ser contaminado por la futilidad y banalidad del mundo normal.



Hay un acontecimiento extraordinariamente tormentoso que siempre me ha rondado la cabeza. Fue algo que sucedió una noche de diciembre; yo tenía que volver a la mañana siguiente temprano en coche a Grahamstad. Habíamos vuelto a tener un altercado como tantas otras veces en aquel tiempo, una disputa particularmente agria. Poco antes de medianoche Ingrid salió corriendo en camisión del apartamento, completamente fuera de sí -en aquel momento vivía en Bonne Esperance, que era un bloque de edificios modernos y feos, situado cerca de la playa, justo en el punto en que la bahía de las Tres Anclas se une a Seepunt-, y gritando que se iba a suicidar. Yo estaba tan agotado y había oído aquella amenaza tantas veces que ya no le daba crédito. Una hora más tarde la trajo a casa un desconocido: había intentado tirarse delante de su coche. Ambos nos encontrábamos en estado de shock. Durante varias horas estuvimos hablando y llorando; y después, como siempre, volvimos poco a poco a un estado de ánimo de perdón y amor. Por fin, rendido, me dormí. Ingrid se quedó despierta y se fue a sentar fuera, en el diminuto balcón al otro lado de la ventana, con un pequeño cuaderno en el regazo. Y entonces fue cuando escribió el conmovedor poema “Plántame un árbol, André”, en el que sueña con un pequeño paraíso en el que plantábamos un árbol y en el que las ardillas venían a buscar las bellotas, donde había un perro al que acariciábamos, y había una casa siempre abierta y cuyas ventanas descubrían el día, verde o dorado o gris, y siempre bello.

Por un tiempo aún seguimos intentando reavivar los rescoldos de la relación, sobre todo colaborando estrechamente en la conclusión de mi novela experimental, *Orgía*, basada en nuestras cartas, nuestro amor y la vida de Ingrid. Debía haber aparecido el año antes en la editorial APB, pero por razones políticas Bartho Smit se vio obligado a desistir entonces de la publicación. Pero ahora *Orgía* iba a ser por fin publicada en los últimos días de marzo de 1965, en una magnífica edición y a cargo de otro editor: John Malherbe. A principios del nuevo año volví a Ciudad del Cabo para celebrar con Ingrid la confirmación de la publicación, sin saber que sería una de nuestras últimas despedidas. Aproximadamente una semana después, recibí el consabido telegrama donde confirmaba la llegada de su regla: “No hay mariposa”. En los dos años anteriores una especie de tristeza se asociaba cada vez a estas pequeñas misivas, la idea de pérdida y vacío, cada vez un nuevo adiós, una renuncia a la esperanza, una derrota, una repetición de la pequeña muerte. Pero claro que ello tenía también algo de ambiguo, porque en nuestra problemática situación la venida de un niño hubiera sido una



catástrofe. Emocionalmente Ingrid estaba al borde del abismo. Mi situación era prácticamente insostenible: por una parte el cielo-infierno que representaba la relación con Ingrid; por otra parte, la imposible situación en la relación con mi mujer, el afecto por mi hijo pequeño, la estabilidad de mi posición como profesor en Rhodes, los buenos amigos que con las mejores intenciones me insistían en que no tenía que hacer tonterías, los intentos por escribir de nuevo, después de haber publicado anteriormente *Lobola* y *El embajador*, mientras que me habían entrado serias dudas sobre mis capacidades.

Fue entonces cuando Ingrid conoció al pintor flamenco Herman van Nazareth, que sería unos de sus últimos amantes, si no el último. Había hablado de él en sugerentes y calurosos términos como “mi pintor”. Tendría que haber sospechado algo, pero no lo hice.

Poco después de mi última visita a Ciudad del Cabo, a finales de marzo, para la publicación de *Orgía*, Ingrid me decía en carta del 18 de abril: “el miércoles 28 días exactos”. Esto coincidía aproximadamente con unas vacaciones que pasé en casa de mis padres, en Potchefstroom; y de allí me fui a Pretoria donde conocí a otra mujer, me enamoré de ella y decidimos casarnos. Era la actriz Salomie Louw. Hoy día, tantos años después, está claro que me agarré como quien dice a un clavo ardiendo para escapar de una relación en la que ya era imposible mantenerme y de mi propio matrimonio que estaba al borde del divorcio.

A finales de abril, exactamente dos años después de nuestro primer encuentro, le escribí a Ingrid para contarle sobre mi nuevo amor y mis planes para el futuro. Mantuvimos una última y demoledora conversación por teléfono. Su reacción fue muy parecida a la que tuvo cuando echó de su apartamento a Nico Hagen.

Las noticias sobre sus últimos meses fueron confusas y contradictorias. Historias sobre relaciones impetuosas girando en torno a la relación central con el pintor. Sobre abortos. Sobre amistades rotas. Sobre un accidente en el que se rompió una pierna. Sobre serios problemas financieros, en los que también yo tuve que socorrerla.

El lunes 19 de julio de 1965, estando yo de visita en Pretoria, me llamó mi buen amigo Abraham de Vries y me comunicó que Ingrid se había suicidado internán-



dose en el mar, a unos cien metros de su apartamento. ¡Ingrid, que sabía nadar como un pez...! Como ella misma había anunciado, desde que tenía dieciséis años, en sus poemas y también en muchas de sus recientes cartas y llamadas telefónicas, en apuntes de sus diarios y en garabatos escritos en trozos de papel, su cuerpo había sido encontrado “devuelto por las aguas entre hierba y algas”.

Por muy predecible que ello fuera -considerado a posteriori-, cuando sucedió, me resultó insoportable e increíble. Sentí que el mundo se oscurecía ante mis ojos. El resto del día me quedé ciego, no podía ver nada.

Me era casi imposible ofrecer resistencia al deseo vehemente de ir a Ciudad del Cabo en avión para asistir al entierro; pero la idea de verme confrontado con una caterva de gente extraña y curiosa, con las miradas inquisitivas de los amigos, con la presencia de Jack, con la prensa, me tiró para atrás. No era capaz de presentarme en público ostentando mi dolor. De modo que estuve ausente de lo que fue, a fin de cuentas, la tragicomedia de su entierro, con los miembros de la familia Jonker, protegidos por la policía, mirando con ceño adusto a los amigos especiales -escritores y artistas- agrupados al otro lado de la tumba; y también me perdí la escena de Jack queriendo tirarse a la sepultura; e igualmente no estuve en la segunda ceremonia que tuvo lugar unos días después, organizada por sus amigos, que se reunieron en torno a la tumba para leer poemas de Ingrid.

Y ahora existe en un espacio sin tiempo; y desafortunadamente pero inevitablemente también en un espacio creado por la industria que surgió después de su muerte en torno a su vida y muerte. A fin de cuentas, sólo queda lo que ella nos dejó: su poesía. Y en lo que a mí se refiere, una serie de recuerdos ambivalentes de aquellos años perdidos pero nunca perdidos, en los que los enamorados Paolo y Francesca, de Dante, condenados, siguen errando cogidos de la mano en el oscuro viento.

(...)



Carrera 65 Nro. 59A - 110
Campus El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 9000 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: redestetica_med@unal.edu.co

Medellín, Colombia, Sur América